

Índice

1. Preludio	11
2. Indagación	23
3. Invención	67
4. Ideas	105
5. El taller de las ideas	157
Agradecimientos	179
Notas	181

Preludio

Mi madre era una mujer tranquila y generosa; despreocupada, dirían algunos. Seguro que por eso a los seis años recibí su permiso para comprar a cuenta en dos tiendas importantes. La primera estaba en la comunidad de granjeros donde vivíamos, Sagaponack. En la misma calle, de hecho. Era la típica tienda pequeña de pueblo, donde vendían de todo. En bici me plantaba allí en cuatro minutos, pasando junto a campos de patatas, una porqueriza, el prado comunal, el cementerio y la granja de mi abuela Helen. Afortunadamente para mí, también estaba al lado de la casa de tejado rojo, en cuya única aula estudié el primer curso, yendo y viniendo de mi casa en bici. En esa tienda se podían comprar muchas cosas: huevos, leche, beicon, pan, detergente, pañales de un solo uso, salchichón, mostaza y patatas fritas. También servía de estafeta: los dueños, padre e hijo, no eran solo tenderos, sino jefes de correos. A mí, de todas formas, lo único que me importaba era la sección de chucherías, donde se erguía a gran altura una elegante bombonera de cristal. Si te ponías frente al mostrador y señalabas con el dedo las chucherías que te apetecían, Lee o Merrall Hildreth te las alcanzaban. Lee era viejo (aunque menos de lo que me parecía entonces), cascarrabias e impaciente. Su hijo, Merrall, era tolerante y risueño, de manera que siempre esperábamos que él nos ayudase a elegir. Qué bendición fue para mí que estuviera tan cerca del colegio... A la hora de comer, mis amigos y yo podíamos acercarnos en bici, comprarnos chucherías y volver a tiempo para las clases de la tarde. Así y todo, parece que la más afortunada era yo. Mientras que los otros niños traían monedas de veinticinco o diez

centavos —que daban para un montón de barritas de caramelo, tofes y chocalatinas con almendras (mis favoritas)— yo solo tenía que pedirles a Merrall o Lee que lo apuntasen en la cuenta de mis padres. No es que comprase más que el resto de los niños, pero me enfrascaba en la compra como nadie. Me entusiasmaba por igual memorizar los detalles de cada dulce y comérmelos. A día de hoy sigo teniendo un conocimiento enciclopédico sobre dulces.

Sin embargo, no era el único sitio donde me dejaba ir mi madre para saciar mis anhelos. La otra tienda era aún más fastuosa, aunque no la tenía tan a mano. Era la librería de Keene, inmersa en el bullicio de Southampton, a veinte minutos en coche de mi casa. Entre los siete y los catorce años quedé muchos sábados con mis amigos en Southampton, donde me dejaba mi madre para un par de horas de aventuras. La chica con quien más a menudo quedaba era Michele Vahradian, que vivía en la ciudad y era hija de los dueños de una tintorería. Una cosa que me maravillaba era que su madre le diera diez dólares, toda una fortuna. Michele se compraba unos animalitos muy pequeños de cristal y luego nos íbamos al Sip'n Soda a comer hamburguesas y beber refrescos de lima. Muchas veces me invitaba ella, porque yo iba más justa de dinero: mi madre me daba tres dólares, y con eso no daba del todo para comprar y comer a nuestro gusto. Después del Sip'n Soda nos íbamos a la librería de Keene, en la misma manzana, donde podía perderme. Recuerdo al dueño como un hombre de tez roja, picada de viruela, pelo blanco muy recio que parecía un jersey viejo pegado al cuero cabelludo, andares desgarrados y voz ronca. Estoy casi segura de que fumaba dentro de la librería, cosa que por entonces estaba permitida. Aparte de ser un gran amante de los libros, tenía fama de irascible, aunque conmigo no lo era; será que le hacía gracia que me gustara tanto su establecimiento, al que iba siempre con una expectativa de placeres culpables, como la que deben sentir algunos al entrar en un sex shop. Siempre me iba directa a la estantería de ficción infantil: *Nancy Drew*, *Los incursores*, *Una pequeña princesa* y, un día de especial prosperidad, todas las *Crónicas de Narnia*. El señor Keene solía dejarme elegir por mi cuenta. Luego me cogía el libro de las manos, con la misma educación que si tuviera delante de una clienta adulta, y apuntaba el título y el autor antes de añadirlo a la cuenta de mi madre. Que yo recuerde, mi madre jamás me reprochó haber comprado ningún libro, ni siquiera cuando me aficioné a los de gran

formato y papel satinado, sobre estrellas de cine, que tenía el señor Keene, y que creo que salían a dieciocho dólares, mucho dinero, incluso para una familia como la nuestra, que se iba de vacaciones casi cada año y tenía una casa grande.

Pero cómo me hacían suspirar esos libros, por Dios... Hedy Lammarr, Marlene Dietrich, Greta Garbo, Clark Gable (que a mis nueve años me inspiró un amor eterno) y muchos más, demasiados para citarlos a todos. Ahora bien, no me llevaba todos los libros de golpe. Debía intuir que mi madre no pasaría por ahí, así que elegía uno y lo iba mirando con ansia un sábado tras otro hasta que llegaba el momento de comprarlo (o sentía que tenía permiso para hacerlo). Entonces se ponía a cero el contador para llevarme el siguiente a casa. El señor Keene debía recibir la colección con cuentagotas, porque a veces pasaban varios meses sin que me tentasen nuevos títulos. Yo entraba con Michele y me ponía a mirar tranquilamente otras secciones hasta que se acercaba el señor Keene y, con su aire de cascarrabias y su voz de cazalla, me decía con cierta reticencia (real o imaginada): «Susie, me ha llegado algo nuevo. Mira», después de lo cual sacaba un libro que yo nunca había visto de una de las montañas de volúmenes que casi no dejaban ni un resquicio de pared o suelo en todo el establecimiento. Un día era Marilyn Monroe, otro Rita Hayworth, otro Gary Cooper... Yo me ponía a hojear lentamente el nuevo tesoro, y se me caía la baba al ver los espléndidos retratos en blanco y negro de mi nuevo amor de Hollywood, pero en las páginas había algo más: datos a mansalva y un montón de anécdotas sobre dónde y cómo se había desarrollado la infancia de la estrella en cuestión, cómo había conseguido su primer papel... todo un material biográfico del que yo nunca me cansaba. Mi libertad para comprar se tradujo en una colección extensa y absorbente, una pila de libros a la que volvía sin descanso no solo para contemplar las fotos, sino también para leer los textos. A veces me centraba en una información determinada, como la educación de los actores o sus matrimonios. Me acuerdo de que me hice una lista mental de todos los sitios donde habían vivido. Iba organizando los datos en esquemas hasta crear una red de conocimiento de una sorprendente densidad. Hasta hice un pequeño inventario de las anécdotas más procaces sobre cada estrella, y recuerdo el especial horror, teñido de fascinación, que me produjeron los malos tratos vividos por Jean Harlow en su primer matrimonio. Estoy segura de que nadie se daba cuenta de lo mucho

A cualquier niño se le puede enseñar que construir ideas es algo tan tangible, accesible y atractivo como modelar con barro. El primer paso es la oportunidad de recoger información, al margen de que sea sobre caramelos, estrellas de cine o mares; y ese primer paso se da en cualquier cocina, acera o guardería.

Escondido a la vista de todos

Mientras los niños recaban afanosamente información, dan vueltas y vueltas a las cosas y formulan hipótesis acerca del mundo, los adultos que los rodean, en líneas generales, no son conscientes de esta actividad mental. Lo habitual es que traten a los niños como si no tuvieran ideas. Se centran en si aprenden a portarse bien, en si asimilan competencias y datos o en si están contentos, y a duras penas dedican atención a lo que piensan, o a los enigmas que despiertan su curiosidad.

Basta con ir a casi cualquier colegio y mirar y escuchar veinte minutos, para convencerse de que al sistema educativo no le interesa la vida intelectual de los niños. Esto es algo profundamente irónico, si tenemos en cuenta que lo que define y conforma la existencia humana son las ideas que han tenido las personas. Los irrigadores bucales, las lentillas y los mensajes de texto han mejorado la vida de mucha gente, al igual que la psicoterapia, el feminismo, el baloncesto, la idea del cero, la seguridad social y la ecuación de Price.

Hay ideas que resuelven problemas y otras que explican fenómenos. En 1976, por ejemplo, el biólogo Richard Dawkins publicó *El gen egoísta*, donde expone su visión de la selección natural. Según el libro, son los genes y no los organismos, los que se reproducen, dando origen a conductas y características de todo tipo, como la longitud de las extremidades, el color de los ojos, las estrategias de caza, los rituales de emparejamiento y los gustos en materia de comida, por citar tan solo una fracción microscópica. Dawkins no se limitaba a recapitular la teoría de la evolución de Darwin. Su idea era nueva y corrió como la pólvora. También le fascinaba el enorme abanico de similitudes conductuales que no se podían explicar a través de los genes, y que quizá no tuvieran raíces en la biología humana. Por ejemplo, ¿por qué en Estados Unidos se canta tanto el *Happy Birthday* de Irving Berlin, se llevan tanto las pajaritas y se da la mano a

quien se acaba de conocer? Son conductas heredadas que pueden ir cambiando con el tiempo hasta ser sustituidas por otras. Según Dawkins, siguen el mismo patrón que los genes: se reproducen por sí solas y son modificadas por la suma de las mutaciones aleatorias y la presión selectiva del entorno. A estas conductas les puso el nombre de «memes», el equivalente cultural de los genes.³ Es alucinante la influencia que ha llegado a tener esta idea. Si a cualquier persona de menos de cuarenta años se le pide un meme, no tardará nada en mencionar alguna imagen o vídeo que se haya hecho viral en las redes sociales. La afirmación de Dawkins —que el cambio biológico lo impulsan los genes y el cultural, los memes— es más apropiada que nunca, pero cuando acuñó la idea de meme su intención no era exactamente resolver un problema. Lo que quería era explicar algo: la transmisión de conductas cuya causa no podían ser los genes. Tan frecuente es crear ideas para resolver problemas (la enfermedad, la desigualdad, la ineficacia o el aburrimiento, por citar unos pocos) como elaborarlas con el objetivo de explicar fenómenos que no se acaban de entender.

Daniel Kahneman, ganador del premio Nobel de Economía por sus estudios sobre la toma de decisiones, empezó dándose cuenta de un misterio: ¿por qué se equivoca tanto la gente en sus decisiones, aunque la información necesaria para acertar esté frente a sus propias narices?⁴ En una línea similar, Leon Festinger desarrolló la idea de la disonancia cognitiva para encontrarle sentido a que la gente persista tan a menudo en creer algo cuando existen pruebas concluyentes de que es falso.⁵ Debemos a Claude Steele el concepto de la «amenaza del estereotipo», con la que explicó que los alumnos negros quedaran sistemática y sorprendentemente por debajo en las pruebas de capacidad intelectual. Son ejemplos, todos ellos, de ideas nuevas que logran explicar lo que hasta entonces no tenía sentido. A menudo, estas teorías tienen tanta fuerza y se han generalizado tanto, que hemos dejado de reconocerlas incluso como tales. El periodista Stephen Metcalf, por ejemplo, ha definido el neoliberalismo como «la idea que se ha tragado al mundo», ya que, según él, condiciona un sinnúmero de aspectos de la vida cotidiana sin que nos demos cuenta.⁷ Nuestra vida cotidiana está basada en buenas ideas, pasadas o presentes.

No todas las ideas son buenas, por supuesto. Abundan también las malas. Algunas lo son porque no funcionan o no explican ade-

cuadramente los fenómenos y otras, porque son peores los problemas que crean que los que resuelven. Mi lista personal estaría encabezada por la prisión, el papel film y la economía del goteo [*trickle-down economics*], pero bueno, este libro no va de buenas o malas ideas, sino del proceso de tenerlas, que es algo mucho más importante y de mayor interés psicológico que las posibles fortalezas o debilidades de su contenido. Una idea, sea cual sea —el seguro de salud, la democracia o el rallador de queso— no es más que el extremo de un proceso mental que, con vaivenes más o menos pronunciados, ocupa a una persona cuando está despierta. De vez en cuando, todos tenemos ideas: otra manera de organizar la compra, un método mejor para elegir presidente, una nueva perspectiva sobre por qué no hay familia sin su oveja negra... A los seis años, casi todos los niños han adquirido los ingredientes necesarios para pergeñar ideas. Lo que ocurre es que, a los ocho, el pergeñar va a menos, como se comprobará en cualquier inventario de lo que se hace en las aulas de casi cualquier escuela a partir de la etapa infantil: frente al alud de pruebas de que los alumnos perfeccionan sus competencias específicas y de que asimilan ciertos datos, brillan por su ausencia, o casi, los indicios de que se les esté dando tiempo, apoyo u orientación para profundizar en sus propias ideas o para investigar sobre ideas preexistentes que los seduzcan. Este libro trata de cómo funciona este proceso y de por qué es importante.

He dedicado toda mi vida laboral a observar a los niños y a tratar de averiguar qué pasa en sus cabezas, además de criar a tres hijos, y desde el principio tuve claro que había mucho que estudiar sobre cómo juegan, cómo expresan sus emociones y cómo se inventan historias. Ya hacía tiempo que me interesaban sus reacciones y preguntas, pero hasta cumplidos los cincuenta, y más, no me di cuenta de que también profundizan en ideas. A ello me llevaron dos observaciones.

La primera fue cuando estudiaba la curiosidad infantil. Empecé a fijarme en que casi todos los estudios sobre la manera que tienen los niños de preguntar se centraban en momentos aislados: un niño sorprendido al ver una oruga moviéndose por el brócoli, intrigado por la cicatriz que iba formándose sobre una herida o desconcertado por lo que le pasa al sol por las noches, después de ponerse. Los experimentos sobre la curiosidad reflejaban esta visión situacional y a corto plazo del fenómeno. Los investigadores buscábamos maneras

de sorprender a nuestros investigados (una caja con un objeto extraño dentro, un vídeo de algo que veían por primera vez) y observábamos su reacción.⁸ Mis observaciones, sin embargo, apuntaban en otra dirección. Me llamaban constantemente la atención casos de niños empeñados en buscar más datos sobre un tema concreto. A veces el objeto de sus investigaciones era algo físico: camiones, ranas, princesas... Otras, en cambio, ponían la diana en misterios más abstractos: los buenos modales, la existencia, la fuerza... Tenía la impresión de que los niños pequeños daban vueltas a preguntas de gran calado, y de que habíamos prestado muy poca atención a esas preguntas o a sus esfuerzos por hallar respuestas.

En la misma época en la que estaba investigando sobre la curiosidad, mis estudios sobre educación me llevaron a varios colegios, donde pasé muchas horas observando a alumnos jóvenes, pero también a los padres, los profesores y la administración. Escuchaba atentamente el extenso abanico de temas de los que hablaba todo el mundo y, en un momento dado, me empecé a fijar en algo que nunca mencionaban los adultos: las ideas de los niños. Hablaban de las vidas familiares y los problemas de salud de los alumnos y dedicaban mucho tiempo a intentar mejorar su autocontrol, su rendimiento en los exámenes, su salud mental y su motivación de cara a las notas. Hablaban de si a tal alumno le iba bien, si tal otro tenía malas perspectivas, pero ni una sola vez oí hablar a un educador sobre en qué pensaban sus alumnos. Al buscar artículos recientes sobre educación que analizasen las ideas de los niños, pequeños o mayores, no encontré ninguno, y empecé a percatarme de que, en gran medida, los adultos hacen oídos sordos a las vidas intelectuales de los niños pequeños. No deja de ser bastante raro este punto ciego, porque a los quince años se les pide a los alumnos que expliquen ideas como la guerra, la evolución y la regresión a la media. Hay incluso profesores que les piden que elaboren sus propias ideas acerca de la historia, la literatura, la ciencia y las matemáticas. Lo que me llamó la atención es que parece que los adultos creyeran que al cruzar las puertas del instituto los alumnos recibirán como por arte de magia el don de cultivar ideas, lo cual no tiene sentido. ¿No sería conveniente que averiguásemos qué ideas tienen antes? ¿Y no sería inteligente, acto seguido, identificar las experiencias que avivan la llama de esta actividad intelectual? Me di cuenta de que, por suerte, los psicólogos ya habían recabado gran parte de los datos que podían arrojar luz sobre

la vida intelectual de los niños. Solo había que sintetizar estudios anteriores desde una nueva perspectiva. Este libro trata de lo que sucede en los cerebros de los niños pequeños. Trata también de las conversaciones, pasatiempos y encuentros que les encaminan a tener más ideas, y más sólidas, a medida que se hacen mayores.

Mi fascinación por las fotos en papel satinado de Gary Cooper y Jean Harlow no fue un punto de llegada, sino de partida. Cuando tenía trece años, una profesora de literatura me dio un ejemplar de *Tess, la de los d'Urbervilles*, de Thomas Hardy. ¿Qué agudo radar debió de decirle que me encantaría, pese a lo rebuscado de su estilo y lo lejos que quedaban sus temas de mi experiencia como adolescente primeriza? El caso es que me gustó mucho, y que a partir del momento en que lo tuve en mis manos pasé varias semanas abandonando la mesa con sigilo nada más cenar y retirándome al sofá para sumergirme de nuevo en sus páginas, cautivada tanto por las descripciones de la vida en la granja como por el desgarrado y desencaminado amor entre Tess y Angel. Ya no me acordaba de la biología, del álgebra ni de la historia. Solo tenía ojos para *El regreso del nativo*, *El alcalde de Casterbride* y *Lejos del mundanal ruido*. Por segunda vez viví el placer vertiginoso de entender que había colecciones y series de libros y que no siempre tenía que ponerme triste por llegar al final.

Por la misma época fui a pasar unos días con mi padre biológico, que vivía en Nueva York y, después de cenar, justo cuando nos sentábamos en el salón, le comentó a uno de los invitados, como si tal cosa, que acababa de releer *La bestia en la jungla*, de Henry James. Dijo, con el tono pensativo que lo caracterizaba: «Siempre había tenido la idea de que, en el fondo, era una historia sobre el deseo sexual reprimido. Ya me entiendes: la bestia son los genitales, y la jungla, el vello púbico». Lo que me sorprendió no fue que usara una terminología sexual tan directa, porque era típico de él, sino la tranquilidad con que se daba el gusto de lanzar una idea nueva, como si no hubiera diferencia entre exponer una interpretación literaria novedosa y proponer que cenáramos arroz en lugar de pasta. Aún tardé varios años en comprender que oír una idea en boca de un progenitor se parecía a verlo hacer un pastel o arreglar un aparato estropeado: todo eran oportunidades de hacer las cosas que hacen los mayores y aprender qué actividades les parecen valiosas a los adultos.

En marzo, la misma perspicaz y despierta profesora de literatura que me había facilitado *Tess* vio llegado el momento de enseñarme

algo sobre la escritura y me propuso que eligiera un tema de las novelas de Hardy para una redacción larga. Por aquel entonces, lo que más interés me despertaba, aparte de los libros, era haber tenido la regla hacía pocos meses. La menstruación, para una niña de aspecto tan infantil como yo, parecía un gran logro. Me pasaba el día pensando en el amor, aunque aún me faltase mucho para vivirlo en primera persona, y por eso, cuando me sugirió que me dedicase a escribir sobre Hardy, se me apareció el tema en la cabeza como un gran cartel iluminado. Le dije a mi profesora que me centraría en cómo usaba Hardy la naturaleza para hablar sobre el sexo. Aún recuerdo vagamente su sonrisa extrañada. Debía de sonar ridículo que una niña crecida entre algodones y que aún no había abandonado del todo la niñez, eligiera un tema así. A pesar de todo, no dio muestra alguna de desdén o desaprobación.

—Me parece perfecto —dijo alegremente.

Me sonroja solo pensarlo, pero también guardo el recuerdo muy fresco de escribir el texto final. Me costó encontrar la manera de dividir mi gran idea en partes más pequeñas y tardé bastante en decidir el orden en que las dispondría. Todavía oigo a mi profesora preguntándome si quería exponer mis pensamientos en la misma secuencia en la que se me habían ocurrido, o de alguna otra manera. ¿Ah, pero podía reordenar una idea? ¡Qué revelación! De lo que más me acuerdo es de la emoción de releer páginas de las novelas y encontrar pasajes que apoyaban mi corazonada. Recuerdo la alegría de descubrir que se me ocurrían nuevas ideas al compás de la escritura. Mi idea tenía pies y cabeza.